

Si la educación en estos tiempos fuera un pájaro, ¿podría volar? If Education in this Moment Was a Bird, Could it Fly?

Andrea Díaz Tirado
INDEPENDIENTE, MÉXICO
andreadt89@gmail.com

Una crisis nos fuerza a volver sobre las preguntas mismas y nos exige respuestas, nuevas o viejas, pero en todo caso juicios directos. Una crisis se convierte en desastre sólo si respondemos a ella con ideas preconcebidas, es decir, con prejuicios. Semejante actitud no sólo agudiza la crisis, sino que nos hace perder la experiencia de la realidad y la oportunidad de reflexionar que proporciona.

Arendt, 1977

Escribo para sumarme a las voces que piensan la educación ahora que tanta falta hace y para darle salida a ideas que he estado tratando de articular desde hace varias semanas (más, menos algunos días, creo que ya todos perdimos un poco la noción del tiempo). Mi esperanza es que a algunos les ayuden a pensar, a la vez que quisiera que me ayuden a confrontar las ideas que comparto, todos aquellos que sí ven lo que para mí son puntos ciegos.

Lo que me gustaría compartir son, específicamente, preguntas, en un intento por darles el papel protagónico que considero que les corresponde. ¿Por qué digo que es momento de hacernos preguntas? Porque estamos en medio de una crisis y, si algo ha de tener ésta de bueno es que nos orilla hasta el filo de nuestros supuestos, dándonos así la oportunidad de repensarlos, siguiendo a Arendt (1977), porque justo ahí se dibuja la línea que nos separa del desastre. En otras palabras, ¿por qué precisamente cuando todo cambia, la educación hace tanto por mantenerse como estaba? Me refiero a los titánicos esfuerzos por “salvar el ciclo”, por subir a los profesores al barco de la educación en línea, por cubrir el currículo, por mantener un poco

de normalidad y rutina para los niños, para que sepan lo que tienen que saber. Pausa. ¿Qué es lo que los niños tienen que saber y desde cuándo estamos tan seguros de que está en el currículo?

Como suele pasar, detrás de las preguntas largas y complicadas se esconden tímidamente otras más simples, en apariencia pequeñas, pero con raíces profundas. Es por eso que toma más tiempo dar con ellas y uno las encuentra en los momentos que menos espera. Es mi caso.

Para poner en contexto: llevo aproximadamente cinco años dedicándome a la educación, cuatro de ellos como maestra de filosofía. Durante los últimos meses estuve trabajando como voluntaria en Etiopía, dando capacitación a los maestros de uno de los campos de refugiados en Gambela y editando material educativo para ellos. Ya desde entonces la pregunta que pienso que ahora nos atañe me azotó con toda su fuerza: ¿qué es la educación?

Al respecto me gustaría decir dos cosas. Primero, la respuesta no es tan evidente como podría parecer en un primer momento y, segundo, es absolutamente indispensable pensar con seriedad esta pregunta, en especial en tiempos de crisis.

Como dije, la pregunta puede sonar evidente hasta que nos detenemos un momento en ella. A modo de prueba les propongo el siguiente ejercicio: una persona sin ningún grado de escolaridad y carente casi por completo de los contenidos curriculares, ¿podría considerarse una persona educada? A la vez que, una persona con tantos títulos universitarios como sea posible obtener, ¿es necesariamente una persona educada?

Mis respuestas: sí y no. Es decir, una persona no escolarizada puede ser una persona educada y, a su vez, la escolarización no es garantía de educación. Ahora se hace tal vez especialmente evidente otra acepción del término “educación”, que no está tan vinculado a la escuela; ésa que tiene que ver más bien con los “modales”, de manera que una persona educada es más o menos equivalente a una persona que tiene buenos modales.

Si bien es cierto que el término acepta tal acepción tanto en español como en algunos otros idiomas, en este caso no me refiero a eso. Cuando digo que una persona no escolarizada puede ser considerada una persona educada, me gustaría defender que puede ser educada en ese otro sentido más esquivo del término, que no se limita a los modales.

Pensemos en un habitante de una zona rural, que no tuvo acceso a la educación formal, pero que conoce íntimamente los pormenores de su trabajo y es capaz de intuir detalles sutiles sobre la mejor manera de hacerlo. También posee un conocimiento profundo de su entorno físico con su flora, fauna, clima, etcétera, y entiende perfectamente su contexto cultural; es decir, conoce las razones detrás de las normas que rigen las interacciones sociales de su grupo y es capaz de seguirlas o modificarlas con sensibilidad cuando lo considera adecuado. Además, se ha ganado el respeto de la gente que lo rodea, pues lo consideran justo. ¿Qué razones tendríamos para decir que no estamos frente a una persona educada?, ¿cómo definirlo si no?

Decir que tal individuo no es educado debido a la falta de dominio sobre un contenido determinado me parece arriesgado porque equipara la educación con el currículo. Justificar que tal individuo no es educado porque no asistió a la escuela equipara educación con escolaridad, lo cual también me parece problemático, de entrada, porque las escuelas son un invento relativamente reciente, y no así las personas educadas.

Tratemos de ver a dónde nos lleva el análisis del otro ejemplo. ¿Una persona con títulos universitarios es necesariamente una persona educada? Me asaltan las siguientes dudas, ¿qué pasa si esta persona carece de los conocimientos que se supone que debería tener?, cosa que sucede con frecuencia con muchos que se jactan de haber asistido a la escuela. ¿Qué pasa si esta persona pone sus conocimientos y habilidades al servicio del daño de sí mismo o de otros? Finalmente, ¿con qué justificación otorgamos a la institución de la escuela el monopolio de la educación?

Tal vez no lo hacemos. Quizá muchos de ustedes tengan ahora en mente el (nuevo) gran aliado de la escuela y estén pensando que “no, la educación viene desde casa”. Y es precisamente por esto que considero fundamental plantearnos la pregunta que nos trajo hasta aquí, porque en ella se cifra el quehacer del sistema educativo. Entender qué es la educación no es un mero ejercicio intelectual o un reto epistemológico; nos sirve como orientación o guía para saber cómo educar, quién o quiénes son los mejores facultados para hacerlo o, por lo menos, qué de lo que hacemos resulta educativo.

De no plantearnos seriamente esta pregunta estaremos dando palos de ciego no sólo al momento de tomar decisiones sobre cómo

seguir educando durante el confinamiento, qué elementos de la escuela, como la conocemos, vale la pena tratar de mantener, cuáles son fundamentales y cuáles deberían irse. Más importante todavía, nos estaríamos perdiendo la oportunidad que esta crisis nos brinda de repensar la educación y la escuela para el futuro que viene, para la “nueva normalidad”, sea lo que sea que eso signifique.

En el contexto del campo de refugiados me aturdí la sensación de irrelevancia y de no saber qué hacer, que podrían expresarse más o menos así: ¿qué clase de currículo es pertinente en situaciones así?, ¿qué merece el título de educación en esos casos?, ¿qué es pertinente pedir y qué es lo mejor que se les puede ofrecer a los niños que han sufrido en carne propia las peores caras del hombre? Soy de la opinión de que, en mitad de la pandemia, estas preguntas no pierden vigencia.

En el contexto de la pandemia descubro que la escuela y la casa estrenaron un nuevo tipo de relación sin mediar pregunta: básicamente, las escuelas se han metido hasta la cocina y los padres o cuidadores la hacen, en mayor o menor medida, de maestros. Después de unas semanas de confinamiento, en las que he seguido el proceso que han vivido las escuelas tanto a través de amigos docentes que me comparten experiencias de primera mano, como a través de diversos canales de información sobre la situación de la educación en el país, me sorprende lo siguiente: ¿por qué precisamente cuando todo cambia, la educación hace tanto por mantenerse como estaba? ¿Tan convencidos estamos todos de que el sistema educativo funcionaba de maravilla? Creo que no.

Tampoco creo que se deba a lo bien que está funcionando lo que se está haciendo. Los profesores, que ya de por sí estaban cargados de trabajo, ahora tienen que sumarle el reto que a muchos les implica familiarizarse con las herramientas digitales, mientras que los alumnos se quejan de un exceso de trabajo derivado, en parte, a lo poco adecuado de la pedagogía empleada con las nuevas herramientas. Los padres están en medio del fuego cruzado tratando de lograr que sus hijos hagan lo que tienen que hacer, sin sentirse siempre del todo competentes a la hora de ayudarlos, al tiempo que hacen lo que pueden para navegar en la situación.

Siento que más bien no nos hemos dado tiempo para pensar en las posibilidades, para aprovechar las oportunidades que la situación nos presenta, para sentir el entorno, para cometer errores, para imaginar. Observo un tremendo auge en la utilización de la tecnología: clases virtuales a través de múltiples plataformas que van desde *Zoom* hasta la televisión, pasando por profesores mandando videos de sí mismos por correo para explicar a sus alumnos lo que tienen que hacer.

Con todo lo loables que me parecen semejantes esfuerzos, siguen dejándome perpleja. Todo parece muy distinto y, sin embargo, todo sigue igual. Hay mucho cambio de forma, pero poco de fondo: sigue habiendo maestros, alumnos, materias, grados, tareas y actividades; sigue habiendo calificaciones, trabajos, horarios, evidencias. Todo esto implica esfuerzos por “salvar el ciclo”, y salvar el ciclo significa que los alumnos tengan los conocimientos que necesitarán para seguir avanzando en el sistema. Y bueno, ¿qué podría tener esto de problemático? Que, de manera tácita, estamos equiparando la educación con el contenido curricular.

¿Qué pasaría si nos olvidáramos por un momento de los planes de estudio y se pusiera todo el esfuerzo educativo en ayudarnos a resignificar, entender y sobrellevar tanto la normalidad como la situación de emergencia de la mejor manera posible para todos?, ¿qué pasaría si se tomara en cuenta el hecho de que muchos niños no tienen cerca a sus compañeros de clase, pero sí a sus hermanos y a otros familiares con los que podrían aprender juntos?, ¿qué pasaría si se toma en cuenta que las situaciones de convivencia y los roles de cada integrante han cambiado, por lo que tal vez también necesitarían cambiar las reglas?, ¿y qué si se toma en cuenta que la situación es emocionalmente, para muchos, muy demandante?

Pienso que priorizar este tipo de consideraciones implicaría que la educación se está entendiendo de otra manera. Tentativamente, diría que es como una herramienta que busca ayudarnos a estar en el mundo y, por eso, cuando éste cambia, ella debe cambiar a su vez. Implicaría poner la educación al servicio del bienestar de los estudiantes, del presente que están viviendo y del futuro que les va a tocar construir. También implicaría mirar con cautela las bondades

de la educación en línea y no sucumbir tan fácilmente a la visión de escuelas que se basan en soportes virtuales.

Las analogías siempre me han parecido una muy buena forma de abordar conceptos cuya definición es complicada, como es el caso del término educación, de manera que creo que otra forma de preguntar si los esfuerzos educativos que se realizan en la actualidad van en la dirección adecuada podría ser, si la educación en estos tiempos fuera un pájaro, ¿podría volar?, ¿qué significaría su vuelo?

REFERENCIAS

Arendt, H. (1977). *The Crisis in Education*. Londres: Penguin Books.